

¡eres cuando la expresa un hombre en toda la energía de viril madurez, prosiguió así:

—Pues me pareció que no os agradaba verme en vuestra casa... Y es verdad, porque vos no me invitasteis á volver...

—¡Pero—dijo ella, turbada por aquella frase tan directa, que ni aun logró disimular—si vos no lo sentiréis! Vivo en el rincón de mi casa tan apartada de todo lo que os interesa...

—¿Lo veis? Escuchasteis la requisitoria d'Avançon, no obstante vuestra jaqueca. ¡Pues bien! Yo quisiera obtener de vos misma autorización para visitaros en vuestra casa de la calle Matignón, aunque sólo sea para preveniros algo contra semejante requisitoria. ¡Confesad que esto sería un acto de justicia!

Y estaba tan simpático en aquel momento, irradiando dulzura de sus claros ojos, y la conversación había sido tan rápidamente conducida, que Julieta respondió como á pesar suyo:

—Os veré siempre con placer.

Esta frase era la más vana, ciertamente; pero dicha así, en respuesta á la petición de Casal, y después que la señora de Tillières se había prometido ser discreta, esa frase equivalía á una primera debilidad.

La palabra «¡gracias!» que Casal pronunció conmovido, hizo comprender á Julieta que el joven así la interpretaba.

Entonces tuvo fuerzas y voluntad para levantarse y dirigirse también hacia el antepalco, á fin de reunirse con Gabriela y Mosé.

¡Era ya demasiado tarde!

## VI

### La pendiente resbaladiza.

Cuando Julieta regresó del teatro á su casa, y vestida ya con traje de noche, despidió á su doncella y sentóse á la mesita para escribir á Poyanne la relación del día.

Aquella mesita, donde innumerables objetos revelaban la delicadeza del talento del ama de la casa, formaba un ángulo del saloncito; los retratos de sus padres, de su marido y de otros muertos venerados, así como los de sus amigos predilectos, estaban al alcance de la mano y de la mirada, colgados en el tapiz de seda que cubría el lienzo de pared en el que se apoyaba la mesita; encima de los cuadros, unos de fino taflete, otros de plata cincelada, había una librería *étajère* que contenía los volúmenes que ella leía con preferencia: la *Imitación de Cristo*, poesías íntimas, novelas de análisis, sentimentales y moralistas.

Preciosa lámpara velada por pantalla de encaje alumbraba con suave luz el aposento y el virginal lecho de palo rosa, de columnas salomónicas, dis-

puesto ya con cinco ó seis almohaditas; en la chimenea ardía buen fuego, y el sonido regular del reloj era el único rumor de aquella cámara cerrada, cuyos balcones daban al jardín.

¡Cuánto amaba Julieta aquellas horas de soledad en que se dedicaba á la lectura, y también á escribir sus impresiones del día!

Con el amigo de los amigos, con el secreto esposo de su elección, y cuando las exigencias de la política le alejaban de París, ella había departido allí largamente y le había escrito interminables cartas, dejando correr su pluma por el fino y azulado papel.

Su más dulce pensamiento era entonces seguir á aquel hombre cuyas ambiciones la apasionaban, á quien admiraba, á quien aconsejaba también con tacto exquisito, caricia singular, única, al amor propio de un marido ó de un amante.

Mas aquella noche, y al salir de la representación de *Hamlet*, quedó mucho tiempo con la cabeza apoyada en las manos antes de trazar una sola línea de la carta que deseaba escribir.

¿Había de hablarle de Casal, contarle la petición que le había hecho y la respuesta que ella le diera?

—¡Debo hacerlo!—pensó en alta voz, frunciendo las cejas; y en el movimiento de resolución que revelaba esa frase comenzó á escribir.

Media hora después terminó la carta; refería en

ella su encuentro con Raimundo en el palco de Gabriela y lo esencial de su conversación, y añadía que si la presencia del joven en su casa había de ser desagradable á Enrique, sólo esperaba una palabra de éste para sustraerse á ella.

Volvió á leer la carta, y en su imaginación vió á Poyanne leyéndola dentro de veinticuatro horas, y conocía de antemano su respuesta, porque este hombre generoso, en sus relaciones con Julieta, no quería deber nada á la autoridad.

Era de esos amantes que dicen á su querida:

—Sois libre.

Pero representósele en el acto la escena que había seguido á la comida en casa de la señora de Candale, la animosidad de Enrique contra Raimundo...

Persuadida como estaba de que el amor de Enrique había disminuído, Julieta habría debido lógicamente no tener en cuenta una antipatía que ella calificaba de inicua; mas profesábale aún verdadero afecto para decidirse á sangre fría á proceder con tanta dureza.

—No—exclamó—no le enviaré esta carta.

Y se levantó, y arrojó á las llamas el escrito, y le vió arder con ese malestar bien conocido de las personas que han atravesado por tales períodos de final de relaciones.

—No sé por qué—decíase en la mañana siguiente, procurando acallar el remordimiento que la acosaba—estoy tan turbada por semejante puerilidad. ¿Qué hay de malo en recibir á un amigo de Gabriela de Candale y de Margarita d'Arcole? ¿Qué pretexto hubiera puesto yo para responder á su petición: «¡no! ¡no vayáis á mi casa?...» Gabriela tiene razón: él ha obedecido á un sentimiento muy noble, queriendo contrarrestar el efecto que las habladurías d'Avançon hubieran producido en mí... Y nada de hacerme la corte: algunas visitas de cuando en cuando, que contribuyan á darle algún respeto por las buenas cualidades que tenga... Y Enrique mismo las aprobaría si le conociese mejor, si yo pudiese explicárselas de viva voz...

Y leyendo una carta de Poyanne, que había recibido poco antes por el correo de Besançon, añadió:

—Por lo demás, ahora no se ocupa en mí.

Poyanne, en su carta, en efecto, contaba su llegada á la ciudad natal y su entrevista con los electores notables, refiriendo detalles de la lucha electoral que iba á verificarse en breve.

¡Parecía que evitaba de intento la más ligera alusión sentimental!

Julieta exhaló un suspiro, y dijo:

—¡Cómo ha cambiado! ¡Sus cartas eran antes tan tiernas!

Y metió la carta en una carpetita de taflete, con cerradura, que tenía la fecha de 1881.

Julieta, en su culto por aquel hombre, á quien consideraba con razón como una de las figuras superiores de la época, observaba la piadosa costumbre de no dejar perder ningún billete escrito por manos tan queridas.

El sentimiento del pasado y la idea de que había disminuído la oprimió el corazón, y, para distraerse, empezó á colocar en floreros y copas las flores de Niza enviadas por el general De Jardes, quien viajaba entonces por las costas de Italia para realizar la magna obra militar que estuvo soñando toda su vida.

Rosas medio abiertas y como cansadas del viaje, narcisos pálidos, mimosas doradas, claveles rojos y blancos, violetas rosas, todas las flores, en suma, de aquel hermoso país confundían allí sus colores y perfumes. ¡Pobres plantas, vivas todavía, alteradas por el agua, que iban á renacer por algunos días, exhalaban su alma en una agonía de perfumes, nostálgico suspiro hacia el país del sol y hacia los encantados jardines de Provenza!

La señora de Tillières estaba demasiado conmovida desde la víspera para que no la invadiese extraña languidez con la invisible caricia de los aromas; la tristeza puso lágrimas en sus ojos, y cuando se los enjugaba con su fina mano, oyó con terror abrir la puerta del primer salón.

¡Tembló con la idea de que Casal hubiera aprovechado inmediatamente el permiso concedido!

Si la interrogaba, ¿que le contestaría?

Afortunadamente la puerta del gabinete se abrió para dar entrada, no al joven, sino al exdiplomático d'Avançon, quien estaba tan ocupado en una idea que hacía brillar sus ojos grises, que ni siquiera observó la palidez de la marquesa, sus ojos húmedos, la agitación de sus manos.

—Estoy segura de que va á mortificarme por la noche de ayer en la Ópera—se dijo la joven.

Ella, que bien le conocía, no ignoraba que una de las manías de aquel hombre era no ir rectamente al objeto que se proponía, considerando como deber de su antiguo oficio preparar antes sus palabras, así como su rostro.

Solía decir, al principio de cada conversación, una frase que le sirviera, media hora más tarde, para soltar otra; mas esta vez esperó menos tiempo.

Iba, en efecto, á hablar de Casal, sólo que ignoraba la *soirée* de la Ópera.

Julietta, dándole una ancha anémona, esa flor que es la gloria del Mediodía, le dijo:

—¿No me cumplimentáis por mis flores? Nuestro amigo Jardes ha tenido la gentil idea de enviármelas.

—¿Va á volver pronto?—preguntó el diplomático.—¿Sabéis si irá á Monte-Carlo á probar fortuna?

Es posible.

—Eso me hace pensar—prosiguió d'Avançon—en que ayer he asistido, en la calle Royale, á una de las partidas de juego más fuertes que he visto... Me reprendisteis el otro día, cuando aquí le encontré, de haber sido muy duro con él... Pues bien: ¿sabéis cuánto ha perdido á mi vista, desde las doce á la una y media de la madrugada? Vamos, decid una cifra. ¿No queréis? Sea. ¡Tres mil luises! ¿Oís? ¡Tres mil luises!... Sin duda salía de alguno de esos *bars* ó tabernas en que él y sus amigos tienen la costumbre de embriagarse en alcohol, porque su inseparable compañero, lord Herbert Bohun, estuvo durmiendo todo ese tiempo en un sillón del círculo, y el mismo Casal tenía aspecto de hombre demasiado alegre... ¡Y luego esos jóvenes se indignan porque los hombres de edad les sirven de cuando en cuando un platito de moral!...

—Pero—interrumpió la señora de Tillières—¿el señor Casal es tan rico para hacer eso?

—Tendría, cuando llegó á su mayor edad, unos doscientos cincuenta mil francos de renta; mas ¿qué tiene ahora?—dijo d'Avançon.

El exdiplomático triunfaba, contando á Julietta este suceso para demostrarla que no le había calumniado el otro día.

—De manera—pensaba ella—que después de haberme dejado en la Ópera fué á embriagarse y á jugar en el Círculo.

¿Pero no sabía ella que Casal, como tantos otros jóvenes de su clase y gustos, pasaba en el Círculo buena parte de las noches? ¿Por qué ahora esta idea la produjo tanta pena?

En todo el día consiguió librarse de tan triste pensamiento, asediada por la imagen de los desórdenes de un hombre que ella conocía tan poco...

Y, sin embargo, esta obsesión continuaba en ella el trabajo que comenzó Gabriela de Candale: sintió duplicarse la tentación de acercarse á él con el pretexto, verdaderamente vano, pero peligroso, de ejercer en sus costumbres influencia decisiva.

D'Avançon, creyendo perjudicar á Raimundo en la opinión de la señora de Tillières, acababa de facilitar á los dos jóvenes, ya bastante preocupados de sí mismos, un terreno de aproximación y de intimidad.

Así, cuando Casal apareció en el saloncito Luis XVI, veinticuatro horas después que el malaventurado exdiplomático, su visita era esperada con tal impaciencia como él no podía sospechar.

La señora de Tillières no estaba enferma, ni tendida en *chaise-longue*, en uno de esos trajes vaporosos que son, por su coquetería, el consuelo de las jaquecas; tenía traje de paseo, y sus cabellos rubios, sin estar aprisionados todavía por el sombrero, daban á la fisonomía de Julieta, cándida y astuta al mismo tiempo, un aire dulce y espiritual.

Pensando en lo que quería decir al joven, un matiz de rosa brillaba en sus mejillas, animándola el semblante, y sus azules ojos tuvieron para Casal una mirada singular, cuando ella le dijo después de los primeros saludos y frases vanas:

—Queréis que se os considere como calumniado, y pasáis las noches jugando en el círculo... ¡No digáis que no! Tengo mi policía y sé que perdisteis, á la una de la madrugada del sábado, más de 60.000 francos.

—Pero á las dos los recobré—contestó él riendo—y á las tres gané 30.000

—¡Pues eso es peor!—replicó Julieta.

Y para conformarse con el programa que se había arreglado, comenzó un gentil sermón de amiga inquieta, que Casal escuchó compungido.

¡Él, Casal, el escandaloso Casal, que había tenido más de veinte veces en su vida, en los clubs, aun en los garitos, diferencias de cien mil francos; él, que formaba escuela entre los aprendices de vividores, cuyas palabras se repetían, cuyos gestos se encomiaban é imitaban!

Conviene advertir que durante aquel sermón ejemplar el joven reconstituía mentalmente su noche del viernes al sábado, á fin de adivinar quién había servido tan exactamente á la señora de Tillières.

¿Quién había en el círculo que conociese á la señora de Tillières y le conociese á él?

—¡Ah, d'Avançon, d'Avançon estaba allí, entre los espectadores, detrás de los puntos, y el viejo verde se había apresurado á denunciarle en la calle Matignón!

El procedimiento era de los que los hombres no perdonan, y con razón: una ley de compañerismo, de francmasonería masculina, establece que los hombres no inicien jamás á las mujeres en las escenas que tienen por teatro el interior de los clubs, y maridos y amantes hallan demasiado interés en tal discreción para no observarla.

Y, sin embargo, Casal hubiera dado en aquella ocasión la mitad de sus ganancias de la noche al hablador exdiplomático para recompensarle por el gran servicio que le había hecho. ¿No encontraba por él, en efecto, una prueba de la simpatía que le profesaba la marquesa, y además, no encontraba también un sólido punto de apoyo para maniobrar en lo sucesivo en aquel sermón femenino que se le dirigía?

—Si pudiese abonarme—la dijo—á hablar á solas con usted una hora por día, como en este momento, daría mi palabra de honor de no jugar en el plazo de un año.

—Dádmela—contestó la señora de Tillières con una gracia de coqueta.

—¿La queréis?—replicó él con tanta seriedad, que la joven comprendió en el acto cuánto había avanzado en el camino de la familiaridad.

Mas era demasiado tarde para retroceder, y ella contestó alegreménte:

—¡Oh, un año! Sería exigir mucho... ¡Si me la dieseis por tres meses!

—¡Os la doy! Tenéis mi palabra de honor!—respondió Casal siempre grave.—Abril, Mayo y Junio; hasta Julio no tocaré una carta.

—¡Lo veremos!—respondió Julieta riendo.

Y á fin de que esta promesa formulada con tanta solemnidad no constituyese el primer secreto entre las dos, añadió:

—Esa palabra causará mucho placer á una persona con quien almorzaré mañana: la señora de Candale... Voy á llevarla vuestra promesa todavía caliente...

Julieta no comprendió todo el peligro que envolvían sus palabras sino cuando Casal se retiró; parecióla entonces que acababa de cometer una imprudencia.

¿No podrían tomarse aquellas frases por una indicación de cita? ¿Y qué pensaría de ella?

El día siguiente era el aniversario del que, siendo solteras, Gabriela y Julieta se habían conocido, y tenían la costumbre de pasarle juntas, un año en casa de la condesa y otro en casa de la señora de Tillières, siendo además pretexto de mutuos regalos.

Así es que Julieta había dispuesto para Gabriela una deliciosa sombrilla de puño de Sajonia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

por nada en el mundo hubiera renunciado al plan de entregar ese recuerdo á su amiga en la fecha indicada.

—¡Si la dijese que viniera á almorzar en mi casal—pensó.—Porque Casal se imagina que he tenido miedo de él, y si tiene el pensamiento de que le inviten...

Estas idas y venidas de su imaginación agitáronla de tal manera, que olvidó á Poyanne cuando llegó la hora habitual de escribirle su carta diaria, y tal vez no se interrogó acerca de la cuestión de saber si hablaría de Casal ó no; aceptaba ya el compromiso, mejor dicho, la dualidad de conciencia que la representaba aquel secreto guardado y oculto á los ojos de su amante Enrique.

—¡Dios mío!—se decía en conclusión...—¿cómo se arreglan las mujeres para engañar á sus maridos? Yo sólo tengo que guardar un ligero secreto, y esto ya es muy penoso para mí... ¡Será menester que no se repital

Y pensando así intentaba persuadirse de que no quería volver á ver á Casal tan pronto; mas cuando llegó á la calle de Tilsitt, con la preciosa sombrilla, habría sufrido una decepción no encontrando allí á Raimundo.

Hallábase la condesa el día anterior examinando varias joyas, obras maestras de los primeros orifices de París y Londres, alrededor de las que se libran diariamente tantas mundanas batallas.

—¡Llegáis á tiempo!—exclamó alegremente, al ver á Casal, que entraba.—¿Cuál brazalete de estos preferís?

Y le presentó dos aros de oro, uno con esmalte negro y la palabra *Remember* en diamantes, y otro cerrado por un reloj microscópico, original paradoja de elegancia, hoy en desuso por la vulgaridad.

—Este—dijo Casal, indicando el segundo—tiene dos ventajas: primera, no ostentar una divisa pretenciosa; segunda, ser una comodidad para las despedidas...

—¿Cómo?

—Sí: una mujer se aburre con su amante, y no se atreve á consultar el reloj de la casa para ver si es hora de despedirse; entonces echa los brazos al cuello del amado, y mira á hurtadillas la hora en el brazalete...

—¡Vaya una idea!—contestó la condesa.—Merecéis que yo refiera vuestras impertinencias á la persona para quien he escogido el brazalete; y se las referiré, para castigaros, mañana.

—¿A la señora de Tillières?—preguntó Casal.

—¡Pronto habéis adivinado! Sí, á la señora de Tillières.

—Sed justa: referidla mis impertinencias, como decís; pero delante de mí, para que yo pueda defenderme.

—¿Estáis libre mañana?—dijo la condesa.—En

tal caso venid á almorzar... y procurad merecer el obsequio, porque seréis el único en tal día.

Y entonces la condesa le explicó toda la historia de su amistad con Julieta, y con tal lujo de detalles, que Casal no tuvo gran mérito en escucharla religiosamente.

La primera persona que vió Julieta á su entrada en el saloncito de la calle de Tilsitt, fué Casal, y mostróse radiante de alegría al tomar el brazo de su confidente de la víspera para pasar al comedor.

Las mundanas tienen gusto exquisito para organizar esos almuerzos, á la vez clandestinos é inocentes, en los que tanto les agrada la fantasía de la intimidad más libre, la certidumbre de que ningún importuno les estorba, y, digamos sin reparo, la alegría sensual de comer bien y con buen apetito.

El almuerzo con una ó dos amigas, ó uno ó dos amigos, no más, es entonces una fiesta improvisada, y tanto más, cuanto que la persona á quien se asocian para ello es generalmente un ocioso, un hombre que no tiene otro oficio que agradarlas.

En París, ningún hombre de ocupaciones serias almuerza, y, por lo mismo, las mundanas los codician; pero sucede á menudo que su elección recae, no siendo amantes ó amigos íntimos suyos, en hombres que no tienen otro mérito aparente que sus buenos modales y un buen sastre, y de diez

veces, nueve, estos repentinos favoritos poseen también la cualidad principal de todas: que están siempre dispuestos.

Gabriela, en viendo á su amiga y á Casal sentados á su mesa frente á frente, tenía consigo este pequeño monólogo:

—Esta Julieta se obstina en presentar un semblante severo, y aun quisiera hacernos creer que está contrariada; pero no debéis, señora, tener tanta distracción en los ojos cuando me habláis, porque eso me prueba que sólo escucháis á Casal, que habla con mi marido... ¡Si ella experimentase por él un verdadero sentimiento, y al cabo el matrimonio se hiciera! Porque si se casa con el salvaje Poyanne, la pierdo para siempre, y casándose con Casal, que tiene los gustos de Luis, nuestros gustos, ¡pasaríamos una vida tan hermosa! Y él está como embobado... ¡Bueno! ¡ella se ríe! Lo que acaba de decirle ¡debió ser tan delicado... ¡Y cómo la mira poco á poco! Vamos la habla y ella le responde...

Este mudo comentario era como el acompañamiento de una de esas *causeries* que, según la regla ordinaria, mariposean alrededor de las preocupaciones parisienses, y que van desde las carreras de Anteuil á la política, ó del último proceso á detalles de cocina, pasando por el teatro y por alusiones al más reciente escándalo.

La casualidad hizo que Luis de Candale dijera á Raimundo:

— ¡Ayer te admiré! Confieso que fué la vez primera que te vi rehusar una banca, y con Machault, que siempre gana.

— Es que me hago viejo—respondió Casal, alzando los hombros—y estoy reñido con la sota de oros.

— He ahí un capricho razonable—dijo Gabriela.— Pero ¿desde cuándo data, y cuánto durará?

— No es un capricho, señora, os lo juro—respondió el joven con la misma sencillez que empleó el día anterior para dar su palabra de honor.

Esa frase, inteligible sólo para Julieta, hízola estremecerse hasta en sus fibras más profundas. Si Casal la hubiese dicho en los propios términos que la amaba, es seguro que ella no habría experimentado una emoción más fuerte.

Cerró los ojos un minuto, para que él no leyese allí los sentimientos confusos que la agitaban, y á partir de aquel momento no pudo conservar ya su máscara de defensa.

Raimundo, probando el resultado inmediato del primer consejo que ella le diera, ¿no la excusaba ante los ojos de su conciencia del acceso demasiado fácil que ella le otorgó en su casa?

Y él, además, continuaba agradándola infinitamente, gracias á ese magnetismo personal que desconcierta todos los análisis y que parece justificar la dura fórmula de los sabios que consideran el amor como un simple fenómeno físico.

Luis de Candale había dejado el saloncito de fumar, donde se tomó el café, después del almuerzo, y la joven estaba allí todavía experimentando el encanto de la presencia de Raimundo.

Y su abandono á este encanto era tan completo, que hubo de sobrecogerse cuando, por distracción, vió la hora que marcaba el reloj del brazalete que la condesa le había puesto en el brazo.

— ¡Las tres!—exclamó realmente sorprendida.— ¡Y había pedido el coche para las dos! Me voy corriendo.

— ¿Quieres esperarme?—la preguntó Gabriela.— Iré contigo.

— ¡Ah!—contestó Julieta.— También yo lo quisiera, pero debo ir á buscar á mi prima.

Y ella misma se asombró, al bajar la escalera, de una mentira inventada tan repentinamente.

¿Por qué? Porque en aquel instante no habría podido sorportar sin sufrimiento las bromas que Gabriela no hubiera dejado de dirigirla.

\*  
\*  
\*

Según costumbre, el lacayo había puesto en el carruaje la correspondencia llegada por el correo del medio día; tres cartas, una de ellas de Poyanne.

La señora de Tillières la miró largo tiempo sin abrirla; acababa de comprender la fuerte impre-

sión de que ella se conducía muy mal con aquel amigo ausente.

Bajo la influencia súbita de este remordimiento, vió en Besançon sentado á su mesa de trabajo, escribiéndola para refrescar el alma con su recuerdo más querido, después de las febriles luchas de la política.

Todos los motivos de tierna admiración que la había acercado al noble orador se despertaron juntos en ella, y sus manos temblaban al romper el sobre.

¡Quizá si hubiese encontrado en aquella carta una frase de ardiente efusión, habría encontrado también Julieta las fuerzas que la faltaban para reponerse!

Porque los momentos más decisivos de nuestra existencia sentimental son aquellos en que la emoción nos invade muy vivamente, para que no podamos engañarnos acerca de su naturaleza, sin que ella haya ahogado aún todos los escrúpulos.

Mas la carta aquella era alegre, valiente, casi ligera, y el conde juzgó sin duda que debía de agrandar á su amada.

¡Ni una palabra había en toda ella que pudiera conmover el corazón, ya enfermo, de Julieta!

Ella leyó la carta, y repitió lo que en otra ocasión dijera con desaliento:

—¡Cómo ha cambiado este hombre!

Y no era verdad.

Pero creerlo así, en el momento en que iba á ser envuelta por la más hábil y bien dirigida de las seducciones, en verdad que hubiera sido peligroso para Julieta.

Es necesario decir, para no ser injustos con esta encantadora mujer, casi siempre tan prudente, que Raimundo tuvo el arte de conducirse, hasta el regreso de Poyanne, con un tacto impecable, y aunque hubiese sido informado exactamente del aislamiento momentáneo de la señora de Tillières, no habría desplegado más fina delicadeza.

Y esta delicadeza y aquel tacto no eran resultado de un cálculo, no, sino que él se abandonaba sencillamente á la sinceridad de sus propias emociones.

¡Ahí estaba para Julieta el verdadero peligro! A través de una vida tan desordenada, el joven conservaba una naturaleza bastante fina, bastante artista en sensaciones para dejarse arrastrar con delicia al atractivo de relaciones nuevas para él, y sin una sola de las violencias de amor propio que, extremando el ataque, despiertan la desconfianza en las mujeres.

Como él se decía, la noche de la Opera, en el lenguaje expresivo y brutal que dejó de usar cuando se hablaba de Julieta, había sido *agarrado*.

Y cuando un vividor profesional, un hombre que ha abusado de la galantería se transforma en verdadero enamorado de una mujer honrada, ó

que tal la cree, tiene siempre como una embriaguez de rejuvenecimiento que hace de él una nueva persona, y tiene también singular interés por esa mujer, á la que procura la más dulce de las adulaciones.

Ese rejuvenecimiento comienza por la cabeza, y descansa, como todas las conversiones duraderas ó momentáneas, en una ley general de la inteligencia; nosotros tenemos la imaginación de nuestras costumbres, y ocuparse en una mujer es, para un libertino, ver con detalles exactos en lo posible la manera de ver cómo ella se le entregará y qué especie de placer gozará á su lado.

Y en una mirada semejante, mirada de conoedor en impureza, Casal envolvió á la señora de Tillières desde el primer momento de verla; en su segunda entrevista comprendió la imposibilidad de brutalizarla así en su pensamiento; en las visitas subsiguientes esa imposibilidad creció por todo extremo, porque unas veces en casa de la señora de Candale, otras en el teatro y algunas en la calle Matignón, siempre encontraba el medio de verla y hablarla.

Ella, desde la tercer visita del joven, y en todas las siguientes, se parapetaba detrás de un estudio medio abandono, ocultaba los ojos á la vez impenetrables é inaccesibles, guardaba una actitud de castidad que no permitía la más ligera audacia de palabras.

Era como la flor de pétalos demasiado frágiles, ante la cual vacilaban los dedos que anhelaban cortarla, y Casal, vencido por la influencia de la joven, tomó bien pronto la costumbre de abreviar las visitas, contentándose con gozar del estremecimiento interior en que la envolvía su presencia.

—¡Y decir que yo—pensaba él—me he burlado tanto de cualquier camarada que respetase á una mujer!... Pero es menester confesar que ésta no se parece á ninguna... No, no me equivoco, es única!

Y entonces se abismaba en la ocupación habitual de los enamorados, que consiste en demostrarse con gran abundancia de detalles las razones que tienen para preferir su amada á todas las otras mujeres.

¡Qué ocupación para un hombre como él, hastiado de los placeres!

Y este suceso se cumplía en Raimundo en condiciones de existencia tan poco favorables como era posible á sentimientos de esa clase, porque Casal continuaba con sus antiguos amigos, con sus costumbres de *club* y de *sport*, y experimentó de repente la impresión que da á toda amistad oculta, aunque sea inocente, cierta poesía de misterio.

Un mes había transcurrido desde que pidió en la Opera, con tanta timidez, el permiso de una visita.

Eran las diez de la mañana y el joven se vestía en el gabinete de tocador, en su hotel de la calle

de Lisbonne, y sobre una mesita colocada delante de la biblioteca había un estuche abierto que dejaba ver un collar de perlas, destinado á servir de ofrenda de ruptura de relaciones á Cristina Auroux.

Esta pobre actriz se le había hecho insoporable, hasta el punto de que Casal se decidió á romper con ella; sí, Casal, el hombre que solía decir:

—¡Nunca he roto mis relaciones con mujeres! ¡Las guardo todas, todas!

En una mecedora se balanceaba Herbert Bohun, su amigo, que había ido entonces para acompañarle á caballo por el *Bois*, hombre atlético, á pesar de sus excesos, con rostro enérgico y hombros de boxeador, el cual, mientras sacude la alfombra con la punta de su látigo, habla, cosa rara en él antes del medio día, y cuenta en estilo telegráfico su velada de la víspera.

—¡Excelente comida, querido, en casa de Machault! Yo no hubiera dado mi sed, antes de sentarme á la mesa, por veinte libras... Un Chateau Margaux blanco, muy recomendable, un Latour del 69, un Oporto rojo superior, un Jerez delicioso y un Champagne dulcísimo... Te esperé luego en casa de Phillips, y nada... para acabar la noche un soberbio whisky...

Mientras este terrible monomaniaco de alcohol deploraba en tales términos su extraña decepción en la noche anterior, Casal, sentado ante su espejo,

sonreía al pensar en ello; á la misma hora en que Herbert Bohun le esperaba en casa de Phillips, veíase en el salón de la calle de Tilsitt hablando con Gabriela y Julieta.

¿De qué hablaron? Sólo se acuerda de que el vestido de la señora de Tillières era de encaje negro, sobrefalda de moaré rosa, el mismo que llevaba la noche en que la conoció.

—¡Seis días hace que faltas! —insistió Herbert. —Alguna nueva burguesa, ¿eh?

—¡No, á fe mía! —dijo Casal. —Me acosté á las once, porque estaba cansado.

—¡Pues bien te has repuesto! —replicó Herbert. —Cutis, sonrosado, ojo limpio, buenas condiciones... ¿Estás listo?

El hecho era, en verdad, que Casal no había estado en mejores condiciones desde hacía muchos años, y nunca la sensación de la vida física fué tan enérgica en aquel hombre.

Las mujeres de la alta galantería que paseaban aquella mañana por la avenida del *Bois* se decían al verle pasar á caballo con Herbert:

—¡Es asombroso! ¡Ese Casal siempre tiene veinte años!

Es el rejuvenecimiento de los libertinos por el amor romancesco un segundo principio vital, y el más poderoso, que reside, en efecto, en la repentina interrupción de sus constantes excesos.

Nunca Raimundo había experimentado mayor

placer en montar á caballo, y no en el pacífico *Boscard*, sino en *Temerario*, el más vivo de sus corceles; y cuando los dos amigos volvieron á la calle de Lisbonne para almorzar, Casal comió con excelente apetito, y el borracho Herbert Bohun apenas gustó de los exquisitos platos confeccionados por el cocinero artista que Raimundo heredó de su padre.

Había, además, otro motivo más noble para la alegría y satisfacción del joven: la señora de Tillières, en la entrevista del día anterior, aludió á una visita proyectada á un almacén de novedades para señora, en la calle de la Paix, y él se había prometido acechar el carruaje que tan perfectamente conocía.

Ved ahora á Raimundo paseándose entre la plaza Vendôme y la avenida de la Ópera como un provinciano cursi, y registrando con atenta mirada todos los comercios.

Su corazón palpita con violencia; Casal acaba de reconocer á Julieta á través de un escaparate; entra allí con la fisonomía ruborizada de un colegial sorprendido en fraude, y la saluda, y en seguida la acompaña hasta el coche, más satisfecho que un mozalbete.

Y luego, cuando tire al sable en el círculo de la plaza Vendôme, los maestros en esgrima podrán admirar su agilidad y destreza, y los higienistas criticar su abuso de fuerzas; y él no pensará sino

en la cabeza rubia que poco antes se asomó á la ventanilla del coche para despedirse, y pensará también en que, por la noche, en casa de la señora d'Arcole, quizá volverá á ver la misma cabeza rubia y aquellos ojos tan penetrantes que le detienen siempre en el momento de declararse.

Pero Julieta no llega, y Raimundo, lejos de ir á consolarse con el juego, se dirige á su casa de la calle de Lisbonne así razonando:

—¡Soy demasiado tonto! De dos cosas una: ó es una coqueta ó siente ya algo por mí... En ambos casos es necesario obrar... Pero no me reconozco, y debo decir que, cuando estoy delante de ella, me veo pequeño, muy pequeño, á su lado. ¿Y ella? Ella sabía que yo iba á ir esta noche á casa de la duquesa d'Arcole, y se le ha invitado delante de mí; pues ¿por qué no ha ido allá?... ¡Tiene algo triste en sus ojos, como un sufrimiento! Y, sin embargo, he registrado bien su vida, y no hay en ella ninguna sombra de sombras de historia... ¡Parece que está luchando sin cesar contra un pensamiento! ¿Qué pensamiento? Es bien sencillo; me ama y no quiere amarme... ¡Vamos, será otro día!

Si. ¿Qué pensamiento?

El joven se durmió con esta pregunta, á la que su profundo conocimiento de las mujeres le permitía dar una respuesta deliciosamente tranquilizadora para su inquietud; pero se equivocaba atribuyendo á los principios religiosos el deseo de no

caer en una situación mundana, y menos al recuerdo de un marido trágicamente muerto.

Ese pensamiento, sin cesar agrandándose en el corazón de Julieta, resbalando por una pendiente insensible que le ha conducido fuera del camino trazado por su voluntad, no es otro que el del regreso de Poyanne, que se acerca en cada hora, en cada minuto.

Dentro de quince días, de diez, de cinco, él estará de vuelta, y será necesario explicarle cómo ha permitido que un advenedizo entrase en su intimidad...

¡Y qué advenedizo!

¡Ah! ¡Cuán duras son de pasar las últimas horas de espera, esa espera en la que se mezclan por modo cruel los remordimientos de lo que ella ha permitido!

¡Mañana, tal vez, Enrique entrará en el mismo saloncito donde Casal ha estado hoy mismo!

¿Qué le diría ella? ¿Por qué ha previsto desde el primer instante esa dificultad, y por qué, previéndola, ha consentido en que las cosas lleguen á tal crisis?

Si dice la verdad al ausente, ¿qué frases encontrará para detallarle los matices de sentimiento que ella ha tenido y que la han conducido á una serie de acciones desagradables (ella sabía que lo eran) á Poyanne?

Pero ¿conoce, acaso, ella misma esos diversos

matices? ¿Se atreverá á mirar en su alma con la habitual serenidad?

¡No! ¡Tiene miedo de descubrir en ella algo que *sabe* que allí debe permanecer oculto!

Ha procurado demostrarse que, durante las semanas últimas, transcurridas con velocidad que le parecía sobrenatural, Raimundo no ha pronunciado una sola palabra que no hubiera podido escuchar Poyanne ..

¿Por qué la espera es tan dolorosa á la pobre mujer que pasa en el lecho, presa de la más cruel angustia, toda la tarde que precede á la vuelta de su amante, del hombre á quien se ha entregado para siempre?

Apenas si un rayo de luz se desliza á través de los cristales de su cámara, y allí está Julieta, con los ojos abiertos, las sienes palpitantes de jaqueca, que mira...

Pero ¿qué mira? ¿Qué tempestad se desencadena en su perturbada conciencia?

Un golpe en la puerta, débil, pero bien perceptible, la hace estremecerse; y en seguida ve entrar á Gabriela que, habiendo sabido por la señora de Nançay la noticia del regreso de Poyanne y la jaqueca de su amiga, desea ver á esta última.

Gabriela está sentada al pie del lecho, y oprime entre sus manos las ardorosas de Julieta, y con ese instinto de curiosidad que se mezcla á la compasión en las mejores confidencias, la dice: